

# ANTE LA CRISIS: ¿VIVA EL CRECIMIENTO ECONÓMICO?

Jordi Roca Jusmet<sup>1</sup>

Departamento de Teoría Económica.  
Universitat de Barcelona

¿Cómo analizar y responder a la situación actual, que ya es de decrecimiento económico o recesión, por parte de los que en la etapa anterior considerábamos el modelo de crecimiento de los países ricos insostenible e indeseable?

La actual crisis económica internacional se ha desencadenado en momentos en los que las viejas y nuevas críticas al objetivo del crecimiento económico (que no es otra cosa que el aumento de una magnitud como el Producto Interior Bruto) habían ganado audiencia. Las críticas a los indicadores que identifican producir –y mejorar económicamente– básicamente con generar valor añadido no son en absoluto nuevas y vienen de diferentes frentes. La economía feminista destaca la invisibilidad del trabajo no remunerado de las mujeres, numerosos críticos señalan cómo la distribución de la renta y la red de servicios públicos son más importantes que la renta per capita para el bienestar de la mayoría de la población, las encuestas demuestran que la carrera consumista por mantener y aumentar la posición relativa a expensas de otros valores no parece conllevar más niveles de felicidad, la economía ecológica destaca que el Producto Interior Bruto –y también el Neto– son insensibles a la pérdida de recursos naturales sumando indistintamente actividades sostenibles e insostenibles, que los daños ambientales no quedan en absoluto reflejados y que, paradójicamente, cuando se destinan recursos económicos a mitigar los impactos ello no se contabiliza en el pasivo sino en el activo... Incluso algunos economistas ortodoxos han escrito recientemente libros y artículos de amplia difusión sobre la “economía de la felicidad” como expresión opuesta a la economía de los indicadores macroeconómicos; al mismo tiempo, como interesante novedad política, ha surgido incluso un pequeño movimiento defensor del “decrecimiento” que ha atraído a algunos sectores principalmente en Francia.

Una parte de los críticos del objetivo del crecimiento destacaban que la expansión económica internacional de los recientes años, con el creciente uso de combustibles fósiles, era evidentemente incompatible con los objetivos internacionales de reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero y que cualquier enfoque decidido y justo del problema exigía cambiar las prioridades de los países ricos. Muchos señalaban

<sup>1</sup>jordiroca@ub.edu

también desde hace décadas –y con mucha mayor repercusión en los medios de comunicación cuando se dispararon los precios del petróleo- que el freno al crecimiento sería inevitable y vendría de la escasez de petróleo; no evidentemente de que se acabase el petróleo sino de que se iniciase una senda de extracción decreciente a nivel mundial, lo que se ha llamado el *peak oil*.

El espectacular aumento de los precios del petróleo durante unos años hasta julio del 2008 en que rondó los 150\$/barril respondió en mi opinión sobre todo a una tensión entre una demanda creciente y una oferta que a duras penas podía abastecer dicha demanda; no creo que la especulación jugase el papel predominante y en todo caso dicha especulación se basaba principalmente en la expectativa de que la oferta difícilmente podía seguir a la demanda desbocada teniendo en cuenta la elevada utilización de la capacidad de extracción, la reducción de extracción en muchos lugares y las pocas perspectivas de creación rápida de nueva capacidad de extracción. Sin embargo, no parece que en la actual crisis –que salvando las distancias tiene más similitudes con la de 1929 que con las de los años setenta- el aumento del precio del crudo haya tenido un papel clave (aunque desde luego afectó en temas importantes como el desequilibrio comercial de los Estados Unidos). La caída actual de los precios del petróleo se explica sobre todo por el cambio de tendencia en la demanda –el consumo de petróleo ha caído en los países ricos por primera vez en mucho tiempo- y en las revisadas expectativas sobre la demanda de los próximos años. Es difícil prever qué pasará con el precio en el futuro próximo lo cual dependerá de la evolución de la demanda, del ritmo de inversión en nueva capacidad de extracción (que se puede ver frenado por la “sequía de crédito” actual) y de la capacidad de la OPEP –con peso creciente en la oferta mundial- en actuar para frenar la caída del precio. Lo que sí me parece irresponsable desde una perspectiva de largo plazo es celebrar como una buena noticia que se hundan los precios del petróleo lo que no hará más que consolidar nuestra adicción al petróleo.

Aún es más claro que la situación actual de crisis económica no es un resultado de los procesos de degradación ambiental. Aunque un sector del minoritario “marxismo ecológico” –representado por James O’Connor, creador de la revista *Capitalism, Nature and Society*- teorizó sobre una “segunda contradicción del capitalismo” entendida como el hecho de que la degradación ambiental crearía crisis económicas por el aumento de costes asociados, el hecho es que –como sensatamente defiende otro sector del “marxismo ecológico” representado por John Bellamy Foster de la *Monthly Review*- el capital puede hacer beneficios en medio de la destrucción ambiental sin que dicha destrucción repercuta en general en una menor rentabilidad. Es más, a veces la propia destrucción ambiental abre oportunidades importantes de negocio privado de forma que, por ejemplo, no parece que la mejor manera de defender las políticas frente al cambio climático sea plantearlas –como hace el celebrado informe Stern- como las más favorables para el crecimiento económico a largo plazo.

Por lo que se refiere a las respuestas a la crisis, la peor reacción a mi entender es la de olvidarse de las críticas al actual modelo económico –en cuanto a su sostenibilidad y sus pobres resultados sociales- y, en aras de un supuesto pragmatismo, dar prioridad al estímulo económico a cualquier precio; esto es lo que en gran parte se está dando en la

Unión Europea en donde los debates sobre cuestiones como los nuevos objetivos sobre emisiones de gases de efecto invernadero después del protocolo de Kioto o la regulación de los límites a las emisiones contaminantes de los coches pasan a segundo plano cuando no se olvidan totalmente.

Ante la caída del consumo y de la inversión privada y el aumento del desempleo, es ciertamente el momento del gasto público y no de la preocupación por el déficit público (aunque en el contexto actual más déficit supone más deuda y más pago futuro de intereses y ello no debe tomarse con ligereza) e incluso podría ser el momento del apoyo público a algunas actividades privadas. Los empleos creados serán bienvenidos pero lo importante es que el dinero público se oriente a gastos sociales prioritarios y al impulso de una transición hacia una economía más sostenible lo que sin duda implica en los países ricos una reducción en el uso de energía y materiales. A diferencia del keynesianismo clásico no debemos celebrar cualquier aumento de la demanda efectiva y no debemos convertir al gasto público en un simple resorte para estimular la actividad económica; desde luego no deberíamos gastar el dinero público en subvencionar directa o indirectamente la compra de coches ni deberíamos convertir las pulsiones consumistas en algo socialmente deseable.

Tanto en etapas de expansión como de crisis económicas es importante huir de valorar si las cosas van bien o mal en términos de si hay o no crecimiento económico (lo que demuestra también que el decrecimiento económico como objetivo adolece del mismo simplismo: guiarse por la evolución de un mal indicador agregado) y de lo que se trata es de valorar selectivamente qué actividades económicas es bueno que crezcan y cuales que decrezcan. La crisis actual y el papel revalorizado de la iniciativa pública podría ser una buena oportunidad para reorientar la economía hacia sendas más sostenibles y socialmente deseables.